

# Los autores griegos en el libro decimosexto de los *Comentarios de erudición* de Bartolomé Jiménez Patón

María del Carmen Bosch

Universitat de les Illes Balears

Departament de Filologia Espanyola, Moderna i Llatina

mcbosch@uib.es



Recepción: 24/11/2008

## Resumen

Este artículo se refiere a los comentarios al libro tercero de las *Odas* de Horacio, realizados por Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640), un maestro del Siglo de Oro español. Se trata de un material escolar que forma parte de uno de los cuarenta libros titulados *Comentarios de erudición*, lamentablemente perdidos y que el autor intentó vanamente publicar en su día. El reciente descubrimiento del volumen cuarto (libros 16-20) permite su edición. Nuestro trabajo recoge las citas de los escritores griegos utilizadas por el maestro en el libro 16, actualmente en prensa, con el objeto de ilustrar los versos horacianos. Es un material de notable interés, ya que nos informa de cómo un docente hispánico de la primera mitad del siglo XVII explicaba a un autor clásico.

**Palabras clave:** comentarios, erudición, Horacio, Siglo de Oro español.

**Abstract.** *Greek authors in the Sixteenth Book of the Erudite Commentaries by Bartolomé Jiménez Patón*

This text refers to the commentaries on the Third Book of Horace's *Odes* by Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640), a teacher from the Spanish Golden Age. It deals with the scholar material coming from one of the forty books entitled *Comentarios de erudición*, sadly missing, and which the author tried in vain to publish. The recent discovery of the Fourth Volume (books 16-20), allows it to be edited. This paper collects the quotations of the Greek writers used by the teacher in book 16, currently in print, with the purpose of illustrating Horace's verses. This material is of great interest because it informs us how a Spanish teacher of rhetoric and grammar from the first half of the 17th century used to explain a classic author.

**Key words:** commentaries, erudition, Horace, Spanish Golden Age.

Los *Comentarios de erudición* del maestro Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640) son lo que hoy llamamos las *obras completas* de un escritor, algo fácil de llevar a cabo gracias a los progresos actuales de edición. No era así entonces. El erudito Patón, amigo de Lope de Vega, reunió ocho volúmenes manuscritos, con un total de cuarenta libros, que nunca tuvo la oportunidad de publicar. El autor pudo editar sólo algunos textos en espera del personaje que, con su generosidad, pudiera mate-

rializar sus deseos. La obra se perdió y hace apenas unos años se halló el tomo IV de la misma, que comprende los libros decimosexto a vigésimo, actualmente en vía de edición y estudio<sup>1</sup>.

El libro decimosexto comprende la traducción y el comentario del libro tercero de las *Odas* de Horacio. Por algunas referencias ahí expresadas, deducimos que los dos primeros libros de *Odas* horacianos se hallaban en textos anteriores. La técnica utilizada por el autor para introducirnos en la obra del venusino es un tanto tópica: Laminio Sileno, hombre de edad y grandes conocimientos, trasunto sin duda del propio Patón<sup>2</sup>, en un viaje a Portugal conoce a un hidalgo portugués con el que traba amistad y pernocta en su casa. A ruegos de éste, saca de su alforja los papeles que ahí llevaba, entre ellos los cuadernos de las traducciones y la glosa de Horacio, y, en el transcurso de unos días, los lee y los deja leer a su anfitrión «para que más bien las considerase y entendiese». Cada oda consta de dos apartados: «Testo» y «Mitología». El texto o traducción es en prosa, basado en la paráfrasis con sus correspondientes adiciones, repeticiones, interpretación, cristianización y aun tergiversaciones o errores. La mitología consta a veces de una *perioca* o argumento; unas *mistas*, de extensión variable en las que comenta versos o parte de versos, y una *ética* o moraleja, asimismo más o menos breve, con la que concluye su magisterio, pues no a otra cosa pertenecen estos comentarios horacianos. En este apartado, y sobre todo en la mitología, hallamos numerosas citas de los autores clásicos, especialmente latinos, pero no faltan las referencias a los autores griegos, cuya selección ofrecemos en el presente trabajo<sup>3</sup>.

### Repertorio de autores griegos citados

La cita de Estrabón se halla en el mismo preámbulo de la obra a raíz de la llegada del viajero a Lisboa, ciudad descrita geográfica, artística e históricamente. Dice el autor: «Antiguamente se llamó *Vissea* porque, dice Estrabón, la fundó Ulises, después de la guerra de Troya, que en aquellos sus prolijos destierros, pasando el estrecho de Gibraltar, llegó a la boca del río Tajo en cuya ribera la fundó» (Str. 3, 2, 13). «Otros dicen que se llama *Vlisipolis*, que todo quiere decir “ciudad de Ulises” en lengua griega»<sup>4</sup>.

1. Véase A. MADROÑAL (1996), «Los comentarios de erudición del maestro Jiménez Patón», *Bulletin Hispanique* 2, tomo 98, p. 385-395. Cf. M. C. BOSCH (2001-2), «El libro III de las *Odas* de Horacio, comentado y traducido por Bartolomé Jiménez Patón», *Anuari de Filologia* XXIII-XXIV, p. 33-42. Actualmente está en prensa el libro decimosexto.
2. Jiménez Patón nació en Almedina, en el Campo de Montiel, actual provincia de Ciudad Real. El nombre de Laminio podría significar una alusión a *Laminium*, el *oppidum* más austral de la tribu carpetana y cabeza del *Ager Laminitanus*, dentro de la nación celtibera. Se refiere a él Ptolomeo (*Geog.* 2, 6, 56).
3. Resulta difícil una catalogación por autores, ya que ello nos conllevaría a repeticiones innecesarias. En consecuencia, hemos optado por las citas de los diversos autores griegos utilizadas por Patón en cada oda.
4. Sólo hemos hallado el término *Vlisipolis* en el epigrama 64 *De Moriano* (libro 3) de C. FITZGEOFRIDI (1601), *Affanae siue epigrammatum libri tres eiusdem cenotaphia*, Oxoniae.

A partir de ahí, es sistemática la alusión del maestro a los autores griegos para la exégesis del texto horaciano. El maestro se refiere a Claudio Eliano para justificar el elitismo de Horacio. En la ética de la oda primera, afirma: «Porque, de las demás sentencias que se ponen en esta oda, hemos sacado doctrina. En las pasadas, me pareció sacarla del primer verso, *Odi profanum uulgus et arceo*, que es decir que siempre los hombres prudentes y sabios nunca tuvieron la aprobación del vulgo por buena, como costa de lo que le sucedió al músico Hiposnaco que, viendo que el vulgo alababa de gran diestro en la música a un discípulo suyo que sabía poco o nada, dijo: “Dende aquí tendré por cierto que es grande argumento de que hay yerros en la cosa que alaba el inorante vulgo”» (Ael. *V. H.* 14, 8)<sup>5</sup>. Recuerda una opinión similar por parte de Isócrates: «Isócrates también, en una oración que hizo al pueblo persuadiéndoles la paz, ultraja a el vulgo de inconstante, inorante y sin autoridad» (Isoc. *De pace, orat.* 8).

A raíz de *Dulce et decorum [est] pro patria mori* [3, 2, 13] de la oda segunda, aduce una cita eurípídea, cuya fuente es el humanista Domenico Nanni, quien, a su vez, se funda en Estobeo, y tres citas homéricas. Dice el maestro: «Eurípides dijo que, por el remedio de la patria, el hombre se ha de poner a cualquier riesgo:

*Conuenit omni ratione et arte,  
Amantes patriam salutem eius moliri*<sup>6</sup>.

Y continúa: «Homero: *Vnum augurium optimum pugnandum esse pro patria* (Hom. *Il.* 12, 243); y más claro a nuestro propósito, él mismo: *Moriatur, non enim indecorum est ei defendenti patriam mori* (Hom. *Il.* 15, 496); y hablando de Ulises: *Cupidus uel fumum exeuntem uidere patriae suae sic mori optat*» (Hom. *Od.* 1, 57-59).

A partir de la patria, el maestro pasa a explicar el término *uirtus* y de ahí el de *secures* o «hachas de armas alabardas», usado por «consulados», ya que los cónsules iban precedidos por ellas. Su fuente es Plutarco, el prosista más utilizado en todas sus lecciones. Dice Patón: «Plutarco en sus *Problemas* da el porqué los magistrados traían los instrumentos del castigo desta suerte, diciendo que traían atadas las hachas con aquellas varas, porque si el magistrado mandaba hacer algún castigo, o de azotes o de muerte, movido de alguna pasión colérica más que de justicia, mientras se desataban, tuviesen lugar y tiempo de desenojarse y considerar la justificación del castigo, porque así no se ejecutaba ninguno de repente» (Plu. *Moralia, Quaest. rom.* 283 E-F). En esta misma oda, a propósito de *Negata te[mp]tat iter uia* [3, 2, 22], el maestro postula que por el camino de la virtud se ha de ir al cielo.

5. Patón no sigue propiamente el texto griego, sino que traduce el artículo *Hippomachus* de A. CALEPINI (1656), *Dictionarium*, Lugduni.
6. No se trata de una cita concreta de Eurípides, sino que son unos versos inspirados en *Fenicias* 406-407 y en los fragmentos inciertos 1045-146. Véase D. NANO MIRABELLIO, B. AMANTIO y F. TORTIO (1613), *Nouissima Polyanthea in libros xx dispertita...* Francofurti, p. 956, cuya fuente, a su vez, es (1555). *I. Stobaei sententiae, ex Thesauris Graecorum delectae*. Lugduni, *sermo* 39, p. 495.

Y, para ilustrarlo, aduce la fábula de Hércules, quien, de los dos caminos mostrados por su Genio, eligió el más arduo, pero el que le premió sus trabajos. Y prosigue: «Esto también predicán los dos gajos de la letra de Pitágoras»<sup>7</sup>. A raíz de *Vetabo* [3, 2, 26], advierte acerca de la actitud divina para con los malos: «y concluye aconsejando al pecador que no se fie pensando que, pues que Dios no le castiga de presente, olvida el castigo, porque suele Dios dilatar el castigo aguardando la enmienda, o para castigar con mayor rigor, como costa de Plutarco» (Plu. *Moralia, De sera num. uind. passim*).

En *Non ciuium ardor* [3, 3, 2], de la oda tercera, aborda los tres tipos de gobierno posibles y dice: «Plutarco hace un librito en que constituye tres maneras de república o de su política y gobierno: monarquía, democracia y oligarquía» (Plu. *Moralia, Reip. ger. praec.* 826 A-827C).

Los filósofos ocupan un lugar notable en el comentario de esta oda. Así, en *Si fractus illabatur orbis* [3, 3, 7], cita el maestro: «Esto de que el cielo es de materia corruptible hubo algunos filósofos que, inconsideradamente, lo enseñaron, como Empédocles, Anaxágoras, Jenófanes y Diógenes, Anaxímenes [...]». En *Arces igneas* [3, 3, 10] continúa explicando: «En esto va con la opinión de todos los filósofos citados que tuvieron que las estrellas eran de fuego y aun Tales y Platón tiene[n] lo mismo. Jenófanes dijo que eran nubes encendidas en fuego. Heráclito y los pitagóricos tuvieron que cada estrella ocupaba tanto como la región del fuego o que era ella misma y que cada una cercaba un mundo»<sup>8</sup>.

Por último, una cita de Dionisio de Halicarnaso aduce Patón en la glosa a *Regnante beati* [3, 3, 39]: «Dende aquí dice en persona de Juno, cómo por vía de divinidad, la grandeza del imperio romano y su monarquía que fue tal, que andaba en proverbio “Los romanos, señores del mundo” [...] Dionisio Halicarnaseo: *Romana urbs imperat toti terrae*» (D. H. 1, 3, 1-6).

En la mitología de la oda cuarta *Descende <de> caelo et dic age tibia*, explica: «Así, dicen que las palomas llevaban el carro de Venus porque son tan amorosas y fecundas que cada mes ponen huevos y sacan pollos; otros dicen que porque Peristea, una dama muy querida de Venus, se convirtió en paloma<sup>9</sup>. Eliano cuenta que en Érice, monte de Sicilia, donde tenía un famoso templo Venus, se celebraban ciertos días de fiesta en honra desta diosa, y los sicilianos les llamaban “días de tránsito” porque decían que entonces se pasaba Venus a

7. Se refiere a la Y, llamada «letra de Pitágoras» o «árbol de Samos», patria del filósofo, porque parece representar la figura de su doctrina. El filósofo enseñaba que todos los hombres siguen al principio la misma senda hasta que, al llegar a un lugar donde aquella se divide en dos partes, los unos toman la de la derecha, áspera y escarpada, que los conduce a la virtud y la sabiduría, mientras que los otros toman la de la izquierda, lisa y sembrada de flores, pero que lleva al abismo de los vicios.

8. Véase *Los filósofos presocráticos* (1981, 1979, 1980). Madrid.

9. Patón debe referirse a Perístera, una ninfa del cortejo de Afrodita que acudió en su ayuda al ver que, en una ocasión, jugando la diosa con Eros a coger flores, permitía que él la aventajase. La ninfa de esta manera consiguió su victoria y el dios, enojado, la convirtió en paloma. Afrodita, en compensación, adoptó esta ave. Véase G. H. BODE (1968), *Scriptores rerum mythicarum latini tres Romae nuper reperti*, Hildesheim, 1, 175; 2, 33.

Libia y, por eso, en aquellos días no parecía en aquella región paloma alguna, que se iban en compañía de su diosa y, pasados nueve días, volvían trayendo por guía una que venía delante de todas, muy hermosa, de color de grana, lo que no era alguna de otras (Ael. *N. A.* 4, 2 y 10, 50) y dice Anacreonte que ésta decían ser Venus»<sup>10</sup>.

Esta oda cuarta es particularmente rica en descripciones geográficas, completadas por alguna nota histórica, procedentes de Estrabón, Esteban de Bizancio y Plutarco, así, en *Humilis Ferenti* [3, 4, 16], dice Patón: «Ferentium era otro pueblo en esta región en lo hondo, de muy buenas labores, de tierra gruesa y fértil, cuyos habitantes, según Estrabón, se decían ferentinales, a diferencia de los ferentinos que eran los del lugar Ferentino [...]» (Str., en 5, 4, 3, enumera a los frentanos entre los pueblos itálicos). Comentando *Praeneste* [3, 4, 23], explica: «Estrabón dice que fue ciudad de griegos y que antiguamente se llamó *Polystephanos*» (Str. 5, 3-11). «Dióle nombre Praenesto, su fundador, hijo del rey Latino, nieto de Circe» (St. Byz. 4028). Y continúa: «Otros dicen que [el nombre deriva] de *prinon*, por el “pedernal” en griego, porque tiene muchos». Aduciendo a esta etimología, el maestro manifiesta su desconocimiento del griego<sup>11</sup>. El vocablo significa «roble» según Plutarco (*Moralia, Paral.* 316 B). Éste, siguiendo a Aristocles en el tercer libro de su *Historia de Italia*, refiere que su fundador fue Telégono, hijo de Odiseo y Circe, quien, al encontrarse con unos agricultores danzando, coronados con ramas de roble, fundó la ciudad llamada «Priniste» o «ciudad del roble». En *Nec Sicula Palinurus unda* [3, 4, 28], aborda una etimología: «*Palinurus* es dición griega, quiere decir “el que orina”». En *Litoris Assyrii uiator* [3, 4, 32], se refiere una vez más a Estrabón, a Ptolomeo y a Heródoto: «Asiria es región de la Asia Mayor, la cual Tolomeo dice, confina por el oriente con Media, por poniente con Mesopotamia, por setentrión con Armenia, por el medio día con Susania [*sic* por Susiane]» (Ptol. *Geog.* 6, 11); «Estrabón dice que tiene más latitud que la que le da Tolomeo, porque quiere que en este nombre se comprenda Babilonia y toda la región que la cerca, que es de muy grande espacio de tierras» (Str. 2, 1, 21; 16, 1, 1); y concluye: «Algunos dicen que Asiria es, en rigor, la región que alinda Tolomeo; y deste parecer es Heródoto» (Hdt. 1, 178, 185, 192; 3, 92). Concluye con una cita de Ptolomeo en *Et laetum equino sanguine Concanum* [3, 4, 34], diciendo: «Cócana dice Tolomeo que era una ciudad en España hacia Vizcaya, y que los habitantes della se llamaron cócancos» (Ptol. *Geog.* 2, 6, 50).

El comentario a *Vt premer[er] sacra / Lauro* [3, 4, 18-19] es extenso y prolijo. De la mano de Celio Rodigino<sup>12</sup>, Patón se refiere a la condición «fatídica» del laurel: «porque, según dice Porfirio filósofo, cuando la quemaban, según hacía el ruido adivinaban el suceso; y lo mismo siente Estacio [*sic* por Eustacio]» [...] «El intérprete de Hesíodo dice que era de mucha ayuda en la interpretación de los

10. Fr. 2.3 DIEHL: *porphyrée Aphrodíte* 4, 2.

11. Cf. con el comentario de Servio a la *Eneida* 7, 678, donde dice: *dictus àπò τῶν πρῖνων, id est ab ilicibus*.

12. Lodouici Caelii RHODIGINI (1550), *Lectioinum antiquarum libri xxx*, Basileae, lib. 5, cap. 7, p. 169.

oráculos<sup>13</sup> y aun Virgilio muestra cómo en sus hojas se escribían las respuestas, y así se entiende lo de Sófocles en *Cassandra*:

*Vera cano sic usque sacras innoxia laurus  
Vescar et aet<h>ernum sit mihi uirginitas*<sup>14</sup>.

Completa esta descripción con la cita del filólogo Apolodoro: «Otros dicen que esto [dar muchos estallidos] fue caso particular y naturaleza propia del laurel brebicio que nacía en el puerto de Ámico, del cual si quitaban una rama no cesaba de dar estallidos hasta que se la volvían a juntar. Desto es autor Apolodoro» (Apolod. 1, 2, 20). Éste se limita a explicar: «Desde Misia [los Argonautas] se dirigieron a la tierra de los brébices, donde reinaba Ámico, hijo de Poseidón y de una ninfa bitinia». El comentario aducido por Patón es de Pierio Valeriano<sup>15</sup>.

La etimología del sustantivo griego procede asimismo de Eustacio, a pesar de que el maestro lo silencie: «Y aun *daphnem* dice que se compone de “*da*”, que tiene fuerza de “la intención” y “*phonen*”, quiere decir “hablar”, así que se le dio el nombre griego porque por él se habla adivinando»<sup>16</sup>. Eusebio de Cesarea se oculta tras otra cita patoniana cuando se refiere a una obra perdida de Porfirio<sup>17</sup> y reconstruida a partir de aquél, que cita estos versos en su *Praeparatio euangelica* [lib. 5, cap. 9, 8]. Dice así el maestro al referirse a la adivinación a través de comer hojas de laurel: «y Aghtonio<sup>18</sup>, Dionisio<sup>19</sup> y otros escriben lo mismo de la adivinación y a ello aluden aquellos imperfectos versos que trae Porsirio [*sic* por Porfirio]:

*Soluite sarta, pedes liquidis et spargite limphis  
E manunque ramum, lauros auferte uirentes,  
Linea sitque omnis deleta omnisque c[h]aracter*».

No podía faltar la cita de Plutarco: «Al contrario, el reverdecer se tenía por buen agüero como les sucedió a las ramas de laurel que Pompeyo hizo atar en las hachas de su magistrado, y con estar cortadas de su árbol, conservában[las] frescas, con haber pasado por partes de mucha sequedad. En esta jornada, vino a plática

13. En Schol. a Hes. a *Th.* 30, hallamos que «el laurel es eficaz sobre los poseídos por la divinidad». Véase *Incertarum fabularum fragmenta* en A. NAUCK (1964), *Tragicorum graecorum fragmenta*, Hildesheim, frag. 811, p. 320.
14. Error de Patón. La cita pertenece a Tibul. 2, 5, 63-64. Al parafrasear a Celio Rodigino, se salta la cita de éste, en griego, atribuida a *Cassandra* por el humanista, actualmente a *Creúsa* o a *Dioniso niño*. Se nos conserva igualmente en Schol. a Hes. *Th.* 30 cit., en una frase oscura: «al comer el laurel, muérdete los labios con el diente».
15. Véase *Hieroglyphicorum Ioannis Pierii Valeriani...* (1575), Basileae, p. 373.
16. Véase Eust. *Commentarii ad Homeri Iliadem* (1970), I. Hildesheim, p. 24, 46.
17. *De philosophia ex oraculis haurienda librorum reliquiae* (1962), Hildesheim, 2, p. 227 s.
18. *Aphth. Prog.* 5, 11; 5, 13; y 6, 16.
19. Celio Rodigino y Pierio Valeriano precisan que Dionisio, en su *Panegyricorum ratione*, llama al laurel *μαντικὸν φυτόν*, que el primero traduce como «árbol adivinatorio». Véase el cap. I Τέχνη περὶ τῶν πανηγυρικῶν del *Ars Rhetorica* en *Dionysius Halicarnaseus quae extant* (1985), Stuttgart, vol. II, p. 255-260.

con Lúculo en cierto lugar de Galacia. Los lictores de Lúculo quitaron muchas varas verdes para dallas a los de Pompeyo, lo cual, interpretado de los agüereros, dijeron que sinificaban que la gloria de las hazañas de Lúculo se había de pasar a Pompeyo como a pocos días sucedió» (Plu. *Pomp.* 31, 3-6; *Luc.* 36, 24).

El laurel es asimismo una planta profiláctica: «Suidas y Plinio dicen del laurel que tiene virtud de preservar de veneno». Está claro que para Patón, así como para Erasmo, de quien extrae la cita (*Adag.* 1, 1, 79), se trata de un autor en contraposición a la definición actual de Suda, una gran enciclopedia bizantina del siglo x<sup>20</sup>.

Y, en la ética o colofón, hallamos: «La moralidad desta oda es la dotrina que contiene a favor de la prudencia, industria y consejo contra la temeridad, dando a entender que las desordenadas fuerzas y val<i>entía inconsiderada más daños que bienes causa, como consta de la historia de Milón Crotoniaza, la fábula del león y el ratón que pone Esopo, la de [la] cola del caballo de Sertorio [...]» (Plu. *Sert.* 16, 5, 10)<sup>21</sup>.

En la mitología de la oda quinta, refiriéndose a la cobardía de Craso, remite a: «Véanse las *Vidas* de Plutarco y otras historias romanas para el entendimiento de la que aquí toca el poeta» (Plu. *Crass.* 31, 8).

En la ética de la misma, alabando la digna actitud de Marco Régulo, enseña: «La dotrina que de la deste heroico varón y su muerte se infiere, que es el asunto del poeta, es la que nos predicán muchos blasones de España en el jeroglífico de arniño (animalejo blanco que por no mancharse se deja quitar la vida) y la letra *Potius mori quam foedari* que dice el español “reventar y no pecar” [...]. Se trata de un proverbio atribuido al *Almagest* de Ptolomeo. Con Tomás de Aquino tomó un significado ético distinto del primitivo, que designaba al astrólogo o al astrónomo. Fue divisa de numerosos personajes, ya sea con las mismas palabras de Patón o con alguna variante. Figura en el escudo de armas de Don Fernando de Ballesteros y Saavedra, a quien va dedicada la *Elocuencia española en arte* del maestro en sus dos ediciones de 1604 y 1621.

En el comentario de *Dacus et Aet[h]i[ops]* [3, 6, 14], se refiere a Etiopía, cuya denominación procede de Etíope, hijo de Vulcano, «aunque otros dicen que se llama así de un verbo griego que significa “quemar” y un nombre que significa “el rostro”, porque tienen el color moreno por lo mucho que los calienta el sol, por la cercanía que con ellos tiene» (Hdt. 3, 101, 1; Str. 15, 1, 13). Recoge, asimismo, la teoría de Estrabón [1, 24-28], aduciendo las opiniones de Crates, Aristarco y Homero: «Algunos dicen que hay dos Etiopías: la una en Asia y la otra en África».

20. Véase A. RUIZ DE ELVIRA (1978), «¿Suidas o la Suda?», *CFCL* 15, p. 9-12.

21. Se refiere Patón a la lección que quiso dar Sertorio a sus partidarios de la Hispania Citerior, vencidos por su irreflexiva precipitación. Dispuso dos caballos, el uno flaco y viejo, y el otro fuerte y lozano, con una hermosa cola. Al lado del flaco, se puso un hombre robusto y poderoso; al lado del lozano, un hombre pequeño y esmirriado. A una señal, el robusto tiró con ambas manos de la cola del caballo como para arrancarla sin lograrlo, y el otro pequeño, una a una, arrancó las cerdas del caballo brioso. Así venció éste, con lo cual demostró que la paciencia puede más que la fuerza.

Utiliza una simpática anécdota en [...] *non sine conscio / Surgit marito* [3, 6, 29-30]: «Este consentimiento de débiles y bajos maridos declara aquel proverbio latino que dice *Non omnibus dormio*, de lo cual dice un cuento Plutarco: y es que un hombre llamado Galba [*sic* por Cabba] convidó a comer a Mecenas con deseo de que se amigase con su mujer para que le sustentase la casa de todo lo necesario; y, habiéndolo llevado a ella, la señora era tan taimada que con sus desenvolturas le atrajo a su voluntad. Viéndola enamorada de Mecenas, Galba se fue a dormir fingiendo sueño para dar lugar al gusto de Mecenas (cuento es que, en nuestros tiempos, sucedió otro semejante en Granada, caso público sin otros muchos algo más secretos). Habiendo Mecenas declarado su afición a la dama y caído, como dicen, en el garlito o anzuelo, un criado quiso atreverse a algo que pareciese a esto, mas Galba dispertó diciendo: *Nesciebas me soli Maecenati dormire?*» (Plu. *Moralia, Amatorius* 759F-760<sup>a</sup>).

En la oda séptima, en la que Horacio aconseja a la joven Asterie que soporte paciente y cuerdamente la ausencia del marido, el maestro recurre a la fábula de Belerofonte, siguiendo a Homero: «[...] Últimante, [Yóbatos] lo envió a la conquista de aquel prodigioso monstruo Quimera. Y, subiendo en el caballo Pegaso alado se dio tal maña, que la venció con no menor honra y famoso nombre que los demás peligros. Dióle Neptuno el caballo, quedando convencido Yóbatos y aficionado al valor de Belerofonte [*sic*], dio de mano a su mal intento trocándolo en amor verdadero, y casole con otra hija suya en quien hubo a Isandro y Hipóloco y a Laodamía, según cuenta Homero» (Hom. *Il.* 6, 155-205). La ética de esta oda *At tibi* [3, 7, 23] acerca del comportamiento de las recién casadas en ausencia del marido, aporta asimismo una cita plutarquiiana: «Y en la ausencia, se ha de haber la mujer al contrario que la luna, como enseña Plutarco, la cual con la presencia del sol no parece y, en su ausencia, muestra su cara hermosa y alegre» (Plu. *Moralia, Praec. connub.* 139B).

En *Vna de multis face nuptiali / Digna* [3, 11, 33-34] explica: «Los romanos —es cosa cierta— celebraban sus casamientos de noche, como consta de Plutarco y Varrón» (Plu. *Moralia, Quest. rom.* 279F); «La causa porque se celebraban de noche las bodas, dejando muchas morales que da Plutarco en sus *Problemas* (Plu. *Moralia, Quaest. rom.* 279F), la más cierta es porque las tales bodas siempre se han celebrado y celebran con banquetes y comidas espléndidas, y éstas las celebraban los antiguos no al medio día, como nosotros, sino a la noche en la cena; y esto era común también a hebreos, griegos y latinos, como consta, porque en Homero celebra las bodas de noche con cena» (Hom. *Od.* 4, 305). De ahí que fueran necesarias las antorchas. El maestro se plantea su número y material: «Plutarco en sus *Problemas* afirma que no eran más ni menos que cinco». [...] «Plutarco da a entender que las hachas eran de cera pues dice son las que llaman cirios». [...] «Con lo cual se nos declara que esto de encender luminarias, o en tedas, o en hachas de cera, o en lámparas de aceite, era común a hebreos, griegos y latinos y que el más y menos era vario; porque, aunque entre los romanos eran cinco las hachas, y no más ni menos, como enseña Plutarco (Plu. *Moralia, Quaest. rom.* 263F), no afirmaré yo que en las demás naciones fuese este número restringido pues de autoridad de los que hemos citado ya hallamos una, ya dos, ya nueve, ya más, ya menos».



Ahondando en el tema de las antorchas en los cortejos nupciales, sugiere que fuesen doncellas y no mancebos sus componentes: «Hesíodo dice que el oficio de llevar las hachas era propio de las mujeres, y que éstas eran dos, cuando afirma que en el escudo de Hércules reverberaba de lejos la lumbre de dos tedas, las cuales llevaban dos criadas —éstas eran doncellas de estrado— yendo con ellas delante alumbrando para la celebridad del casamiento» (Hes. *Sc.* 275)<sup>22</sup>. «En Homero parece que se halla confirmada esta costumbre cuando Ulises llegó al palacio real de Alcinoos porque, cuando se hubo de ir a acostar Ulises, dos ninfas le acompañaron con las hachas de teda delante:

*Ex aula nymphae properant t[a]edasque micantes  
Gestabant manibus* (Hom. *Od.* 7, 339).

Había otra costumbre de llevar a la novia [a] casa del desposado en un carro y, en llegándola luego a la puerta de las casas del novio, pegaban fuego al carro y lo abrasaban, como lo declara Alejandro en sus *Geniales* en el lugar citado<sup>23</sup>, significándole en esto que no había de salir más de su casa. Lo uno y lo otro toca Hesíodo en el *Escudo de Hércules* diciendo:

[...] *Alii si quidem bene rotundo in curru  
Ducebant uiro uxorem multusque Hym[e]n[a]eus excitabatur,  
En procul ab ardentibus facibus procul resplendebat  
In manibus famulorum; mulieres autem uenustate florentes  
Praeibant quas chori ludentes sequebantur.  
Atque hi quidem canoris tibiis emittebant cantus,  
.....  
Illae autem ad modulationem mittebant chorum amabilem* (Hes. *Sc.* 273-278 y 280).

Aquí Hesíodo ya parece que dice eran pajes los que llevaban las hachas, *in manibus famulorum*, y que otros iban danzando y las damas cantando». Concluye con un detalle aportado por un orador cristiano: «Tengo por cierta la razón que da san Joan Crisóstomo y es que, pues la que van acompañando aún se es doncella virgen, es justo la acompañen vírgenes hasta entregalla a las matronas para que sea de su número, dándoles a entender que se la entregan doncella. Dícelo Crisóstomo por estas palabras: *Laudo quod uirgines adsunt contubernalem suma hortantes quae iam in earum ordine assumitur. Bene istud decretum est, sunt enim biduo chori uirginum et nuptiarum. Istae tradunt uirginem et illae accipiunt. Sponsa inter istas nec uirgo iam nec uxor; nam illinc progreditur et ad istam matronarum turbam accedit*» (Chrys. *Hom.* 1-12 in *Col.* 161, 62, 386).

En *Spartacum si qua* [3, 14, 19], tras el sucinto relato de la vida y los hechos de Espártaco, concluye: «Finalmente, cobrando con estas victorias orgullo y más atre-

22. El autor describe el escudo de una ciudad en paz. No precisa el número de antorchas.

23. A. AB ALEXANDRO (1565), *Genialium dierum libri sex*, Parisiis, lib. 2, cap. 5, f. 59-59v. El humanista alude a una costumbre griega transmitida por Pausanias. Probablemente se equivoca, ya que no la hemos hallado en este autor, sino en Plutarco (*Moralia. Quaest. rom.*, 271D).

vimiento, quiso acometer a la ciudad de Roma, y Marco Craso le salió al encuentro y le hizo huir y fue a parar al estrecho Brutio [*sic* por Brucio] y, no pudiendo pasar a Sicilia por falta de naves, murió con todos sus soldados peleando valerosamente, teniendo nombre de emperador o capitán general» (Plu. *Crass.* 8, 1-4, 1-10; 10, 1-9; 11, 1-10).

En la ética de esta oda, se refiere a cuán justo es que los vasallos celebren las victorias de sus príncipes y corrobora su aserción aduciendo el testimonio de Flavio Josefo en dos ocasiones: «Josefo, en sus *Antigüedades*, cuenta cómo Tolomeo asentó por fiesta solene el día en que le llegaron embajadores de los hebreos, porque aquel día tuvieron sus ejércitos una vitoria naval de Antígono» (J. *AJ* 12, 86-93, esp. 92-93). «También celebraban la fiesta de la vitoria que tuvieron de Nicanor, capitán de Demetrio, rey de Siria, como se cuenta en los *Macabeos* [...] Y Josefo, en sus *Antigüedades*, la repite: *Haec victoria contigit quarta decima [die] mensis Adar, quam celebrant quoda[n]nis, festum colentes diem*» (J. *AJ.* 11, 281; 12, 412).

Horacio no envidia las campañas famosas del rey Alíates. En *Nec Laestrigonia Ba[c]chus in amphora* [3, 16, 34], Patón bebe en las fuentes de Heródoto y Plutarco al comentar la gran fortuna que aquél legó a Cresos, quien se envanecía de ello y decía ser el más dichoso de los hombres: «Sucedió que un día le oyó esta arrogancia soberbia Solón, uno de los siete sabios famosos de Grecia y le reprendió diciendo: “Mira, rey, de qué te jatas, porque nadie puede llamarse bienaventurado mientras vive, porque, mientras vivimos, estamos a peligro de mil calamitosos acontecimientos que estorben la tal felicitad”» (Plu. *Sol.* 27, 1-9; Hdt. 1, 32). «Y aunque Cresos no la llevó muy bien [la sentencia de Solón], el tiempo lo desengañó, aprobando con la experiencia su verdad, porque, habiéndole vencido Ciro, llevándole a dar garrote y encendida la hoguera para haberle de quemar, daba frecuentes suspiros no acabando de alabar el verdadero consejo y desengaño de Solón, cuyo nombre repitió muchas veces. Admirándose desto Ciro, le preguntó que quién era aquel Solón que tanto nombraba, si era algún dios o qué hombre, que tanto repetía su nombre con tal afecto en trance tan peligroso. Cresos le contó la historia y, habiéndola escuchado atento Ciro, tomó para sí el consejo y libró a su enemigo de la muerte, haciendo inmortales amistades, pidiéndole también lo hiciese amigo de Solón, el sabio, en cuya *Vida* lo cuenta Plutarco y también Heródoto» (Plu. *Sol.* 28, 2-6; Hdt. 1, 86-88).

En *Aeli uetusto nobilis ab Lamo* [3, 17, 1], el maestro se refiere al linaje de Elio Lamia, a quien Horacio destina la oda. Lo relaciona con «lamia» y aduce testimonios de autores diversos, así: «Aristóteles dice que es animal muy cruel y grande de cuerpo, que sale de noche de los montes y, entrando en los huertos, derriba y quebranta los árboles, muerde a los hombres y les hace mayor daño si le quieren hacer resistencia. Y dice que el que muerde no sana si no oye luego su bramido». Cabe decir que Aristóteles, en su *Historia de los Animales* [8, 5, 594b], se refiere a *λάταξ* (*Aruicola sapidus*) que responde a la descripción patoniana de final incomprensible, pero diáfana en el original griego. En efecto, precisa el filósofo que este animal no deja escapar a su presa hasta que oye crujir sus huesos. Y continúa narrando: «Filóstrato en *Apolonio* dice que algunos las llaman larvas, lemures, empusas, que corresponden a lo que decimos fantasmas, trasgos, brujas y afir-

man que son muy inclinadas a cosas de amor lascivo y a sus actos torpes y deshonestos y a comer carne humana particularmente de niños hermosos, que por esto a los mancebos bellos los atraen con halagos para, en aprovechándose dellos, despedazallos y comérselos» (Philostr. *V. A.* 2, 4 y 4, 25).

Los historiadores completan esta información: «Crisóstomo Dión escribe que en el interior de la África [hay unas fieras] que tienen cara de mujeres hermosas y, asimismo, el pecho y tetas de tanta hermosura y belleza humana, que no habrá pincel de pintor, aunque más primo y valiente, que pueda y sepa retratar tanta hermosura y belleza. Y dice que se llaman lamias. Escondiendo la demás figura, que es de fiera particular, descubren el rostro y pecho y con halagos femeniles atraen los caminantes que allí pasan; y, asegurándose engañados con aquella hermosura, pensando que son mujeres, se acercan a ellas con amor y caricias. Las cuales, en teniéndoles cerca, les cogen, despedazan y comen cruelmente» (D. Chr. 55, 11). Por otra parte, expone: «Plutarco se acuerda de una Lamia, no sé si es nombre verdadero, propio o fingido por su réproba condición, en que tenía ojos postizos, que cuando entraba en su casa los alzaba en un cofre, y andaba en ella a ciegas y para salir se los ponía» (Plu. *Moralia, De cur.* 515 F516<sup>a</sup>). «Otra Lamia hubo famosa. Ésta fue una ramera, amiga del rey Demetrio, a la cual, lisonjeándola los tebanos, le consagraron un templo a quien llamaron Venus Lamia» (Plu. *Demetr.* 16, 5-6; 19, 6; 24, 1; 25, 9; 27, 1-14)<sup>24</sup>.

A raíz de [...] *cras Genium mero / Curabis, et porco bimestri* [3, 17, 14-15], Patón aborda la etimología de «genio»: «Censorino escribe que siempre se dijeron “genios” de *gigno* por “engendrar”, porque, si fueren los tales signos o planetas, concurren y ayudan en la generación como causas equívocas, según aquello de Aristóteles: *Sol et homo generant hominem*» (Arist. *Ph.* 2, 2, 194b). La noción cristiana de «ángel bueno y ángel malo» deriva de ahí según algunos y desde que nacemos nos acompañan, precisa el maestro, añadiendo: «Así lo sintió Euclides y los llama al bueno y malo, uno y otro, “lares o penates” [...] Sócrates dijo muchas veces que conocía por experiencia en muchas ocasiones el favor del buen genio y la persecución del malo. Así también lo sintieron Menandro, Homero y Pausanias»<sup>25</sup> (Pl. *Ap.* 27 c-d; Plu. *Moralia, De gen. Socr.* 575B-598F). Alude, asimismo, a su curioso nacimiento, descrito por Pausanias: «Pausanias dice que Genio fue hijo de Júpiter y que también se llama Adgastin [*sic* por *Agdestis*], de la piedra adgado, que era de notable grandeza en los términos de Frigia, en la cual Júpiter le engendró y le parió a los diez meses a fuerza de muchos bramidos» (Paus. 7, 17, 10-12).

En la ética de esta oda, a propósito de las señales de agua y del pronóstico azaroso de los sucesos humanos, derivados del canto de la corneja e interpretados por

24. La fuente de estas citas, confesada por Patón, es el humanista Celio Rodigino. Véase RHODIGINI, *Lectionum antiquarum libri xxx* (p. cit. n. 12), lib. 13, cap. 9, p. 478-479.

25. Homero se refiere al *δαίμων* como *θεός*, sólo en la *Odisea* marca una pequeña diferencia entre ambos. A partir de los textos literarios y las doctrinas filosóficas de los siglos VI y V, al lado del *δαίμων* —alma de los muertos— se desarrolla el concepto de dios personal, bueno y malo; se expande esta teoría en los siglos V y IV, según testimonio de Euclides de Mégara y Menandro (Frg. inc. 18). Asimismo, Pausanias, en 8, 36, 5, alude al templo del Buen Dios que tienen los habitantes de Megápolis, yendo hacia Ménalo, junto al río Melisonte.

los astrólogos, afirma Patón que hay que creer en la astrología bajo condición: «Mas a éstos el cristiano ningún crédito ha de dar sabiendo que *Sapiens dominabitur astris*». Se trata de un adagio usado a menudo en la edad media. Se atribuía a Ptolomeo y, concretamente, al *Almagest*. Con Tomás de Aquino la frase adquirió un significado ético, seguido por muchos otros autores.

En la mitología sobre *Faune Nympharum fugientium amator* [3, 18, 1], Patón se refiere a un tema prolijamente tratado en su tiempo: monstruos y prodigios: «Aquellas generaciones que cuentan las fábulas de Júpiter en figura de toro o cisne se juntase con aquellas mujeres, en figura de dragón con Olimpia, es creederlo según era de hechicero» (Plu. *Alex.* 2-3). Asimismo, al referir-se a las apariciones a san Antón «que nos cuenta san Jerónimo o Atanasio», parece referirse a la *Vida de San Antonio o Carta de Atanasio, obispo de Alejandría, sobre la vida del bienaventurado Antonio el grande*, traducida al latín por Evagro de Antioquía con el título de *Athanasius episcopus ad peregrinos fratres*. Se sirve, asimismo, de dos citas del *Corpus Aristotelicum* al tratar de los demonios: «A la cual dificultad se responde que, permitiéndolo Dios, el demonio es poderoso para hacer todos efectos porque como la Filosofía enseña y su príncipe Aristóteles en las *Metereológicas impresiones*, todas estas cosas se componen y engendran de vapores exhalados de las entrañas de la tierra o aguas de la mar [...]» (Arist. *Mete.* 3, 377b-378b).

En *Narras et genus* [A] *Eaci* [3, 19, 3], explica: «Éaco fue hijo de Júpiter, que lo hubo en Egina, hija de Asopo; reinó en la isla Inopia, aunque también se había llamado Enone según Plinio y Estrabón» (Str. 8, 6, 16).

*Pyrrhe* [3, 20, 2] da ocasión a la glosa de algunos personajes de este nombre y, sobre todo, al descrito por Plutarco: «Otro Pirro hubo, rey de los epirotas, decendiente deste por la parte de su madre y, por la de su padre, de la casta de Hércules. Éste vino a ser aborrecido de sus vasallos por la crueldad de su padre y, siendo niño, le quisieron matar por vengarse de su padre, mas su madre tuvo tal industria hurtándolo a todos, que lo envió a la reina de los ilíricos, la cual lo crió como a hijo de rey que era. Y, habiéndose hecho hombre, fue a su reino y se encargó de su administración. Después desto, llamándolo los de Tarento en su favor, fue contra los romanos. En esta ocasión fue cuando consultó el oráculo de Apolo del suceso de aquella jornada y le respondió con anfibologías: *Aio te, Aeacide, Romanos uincere posse*. Y construyéndolo mal en su favor, escapó, como dicen “las manos en la cabeza” y, aun un médico suyo lo quiso vender a los mismos romanos, y ellos se lo enviaron preso para que se vengase del traidor. Y, finalmente, habiendo conquistado a Tebas, al entrar en ella vitorioso, le dieron con una teja y de la herida murió, como lo cuenta Plutarco en su *Vida*» (Plu. *Pyrrh.* 1, 1-7; 2, 1-8, 3, 1-5; 21, 1-5; 34, 2-3). El personaje llamado Pirro, al que va dirigida esta oda vigésima horaciana, le mueve además a la información acerca del filósofo eleo Pirrón y los escépticos: «Pirro, declinado por la tercera (el genitivo *Pyrrhonis*), fue primero pintor y, acudiendo a la escuela de Anaxarco, salió muy docto, tanto que hizo escuela y seta de quien sus discípulos y secuaces se llamaron pirronios. Eran unos filósofos que todo el tiempo pasaban en examinar las causas y razones de las cosas y en considerarlas. Y decían que andaban tan ocupados y atentos en esto que ni veían ni oían otras cosas, sino todos ellos ocupados en la consideración. Y afirmaban que la

verdad parece incomprensible. No decían nada de afirmativo sino todo en duda y reduciéndolo a disputa, sin determinar cosa en el examen. Vivió este filósofo Pirrón noventa años poco más o menos».

En *Seu tu querelas* [3, 21, 2], describe: «Manliana se llamó antiguamente una ciudad en Portugal que la fundó o reedificó uno de los Manlios antiguos de quien hace mención Tolomeo y es la población que hoy se llama Montemayor» (Ptol. *Geog.* 2, 5, 7). Y siguiendo al mismo autor, continúa: «En los tuscos [*sic* por tuscos] hubo otra ciudad llamada Manlia y es el sitio que hoy llaman Manliana, casa de campo de los pontífices» (Ptol. *Geog.* 3, 1, 43)<sup>26</sup>.

En el apartado *Descende, Coruino iubente* [3, 21, 7], Patón comenta la vida y las principales gestas de Valerio Publícola, según los historiadores romanos, para concluir: «Y Plutarco, en su *Vida*, refiere que fue el primero que triunfó en carro de cuatro caballos. Su compañero Bruto murió antes que él y le hizo las exequias con grandísima honra, y en su entierro oró una muy elegante oración de sus alabanzas» (Plu. *Publ.* 9, 9; *Rom.* 16, 8). Y refiriéndose a Marco Valerio, dice: «Y en esta ocasión junto al Álgido venció a los volscos y ecuos con muy gran gloria y los senadores negaron el triunfo, mas, a persuasión de Idilio, tribuno de la plebe, triunfó y hizo esto el primero sin autoridad del senado con su compañero Marco Horacio. Y por esto le dieron otro sobre nombre, de Máximo, el cual no se le dio a otro de los romanos que a él y a Quinto Fabio Máximo, como lo advierte Plutarco» (Plu. *Pomp.* 13, 11).

Asimismo, explica el maestro la importancia del título de «padre de la patria» en Roma y recuerda que fue Cicerón el primero en ostentarlo. Así, en *Si quaeret pater urbium* [3, 24, 27], dice: «Lo cual dijo Plutarco en su vida por estas palabras: *Cato Ciceronis consulatum adeo pro rostris extulit, ut Ciceronem honoribus omnium maximis dignatus sit; illum Patrem patriae apellans, quod cognomen ex hac Catonis ora[r]tione Ciceroni inditum, apud caeteros emanasse perhibetur*» (Plu. *Cic.* 23, 6).

Diodoro de Sicilia aparece citado en la mitología de la oda vigésima quinta *Quo me, Ba[c]che, rapis tui*, con estas palabras: «Y [el poeta llama] señor de Nisa a Baco porque en Arabia hay una cueva dedicada a este dios, porque, según Diodoro, en ella le criaron las Ninfas cuando lo envió Júpiter con Mercurio» (D. S. 4, 2, 3).

Asimismo, comenta Patón a raíz de *Memphim carentem Sithonia niue* [3, 26, 10]: «De Chipre y el señorío que Venus en ella tuvo dijimos en otra parte, ahora decimos de Memfis, que fue una ciudad de las más célebres de Egipto, pues tuvo el segundo lugar, dando el primero a Alejandría, ciudad en que los reyes tuvieron su corte fundada por el rey Ogdoo y él le dio este nombre por eternizar el de su hija» (D. S. 1, 50, 3). Se refiere a la actual Saqqarah. La fuente utilizada es el *Diccionario*

26. Patón se refiere a Magliana, situada a diez kilómetros de Roma, en el valle del Tíber. Fue simple pabellón de caza en 1480 por orden de Sixto IV; cobró gran incremento en tiempos de Inocencio VIII y Julio II, que hizo levantar varias construcciones. Rafael, a instancias de León X, pintó, en las paredes de su capilla, el *Martirio de santa Cecilia* y, en la bóveda, *La bendición del mundo por el Eterno*. Se mantuvo hasta el siglo XVII y, a partir de Clemente VII, comenzó su decadencia y sufrió la pérdida de las pinturas.

de Calepino en sus voces *Memphis i Ogdoo*. Calepino afirma que Ogdoo se llamaba también *Achoreus*, y remite a Diodoro Sículo. Se trata de una mala traducción del griego: Diodoro en 1, 50, 3 asegura que Ucóreo era el octavo (ὄγδοος) de los descendientes del rey Osimandias y que fundó la ciudad de Memfis, la más famosa de las de Egipto.

En [...] *tua sectus orbis / Nomina ducet* [3, 27, 75-76], cita a Esteban de Bizancio: «*Europus*, un lugar de Macedonia junto al río Axio, según Plinio, y, según dice Estéfano, le dio nombre Europeo, hijo de Macedón y Oritia» (St. Byz. 287).

En *Telegoni iuga parricidae* [3, 29, 8], cuenta la historia del hijo de Ulises, que dio muerte a su padre: «dicen que herido de un hueso de un pescado que los griegos llaman *xiphias*» (Apollod. *Epit.* 7, 36). En *Bactra* [3, 29, 28], se refiere a las curiosas costumbres de este pueblo: «Onesícrito [*sic* por Onesícrito] escribe que estos bactrianos criaban perros con mucho regalo a los cuales llamaban “sepulcrales” porque, en viendo a sus padres viejos o enfermos, se los echaban que se los comiesen» (Str. 11, 11, 3) [...] «Y también afirma que entre ellos [las mujeres] eran mucho más reverenciadas, respetadas, temidas y estimadas, y así nunca salían en público si no era muy ataviadas y [a] caballo, con grandes riquezas de oro y plata y piedras preciosas, y no guardaban castidad porque así se juntaban torpemente con sus esclavos como con sus maridos, con los forasteros como con los naturales. Esta bestialidad se les permitía» (¿Str. 11, 11, 8?).

En la última oda del libro horaciano, alude a Plutarco, Estrabón y Heródoto en algunos versos, así, en [...] *multaque pars mei / Vitabit Libitinam* [3, 30, 6-7], explica: «Libitina era una diosa de la gentilidad [...] Y Plutarco siente que es la misma que Venus y da la razón en los *Problemas*. Y dice que los romanos se guardasen las cosas necesarias a los entierros y exequias en el templo de Venus, para que con esto fuésemos amonestados y advertidos, sabiendo por cosa cierta que el morir y el nacer no está muy apartado, pues que una misma diosa que era Venus lo era de la generación y de la muerte y es cosa evidente, porque dende que nacemos comenzamos a morir» (Plu. *Moralia, Quaest. rom.* 269B). En *Obstrepit Aufidus* [3, 30, 10], precisa: «Áufido, según dice Estrabón, es un río que nace en los montes Hirpinos y, en pasando de Canusio, entra en el mar Adriático» (Str. 5, 3, 6 y 6, 3, 9). Por último, en *Aeolium carmen ad Italos* [3, 30, 13], comenta: «Otros dan otra Eolia en Asia, la Menor, cercana al Helesponto y al Propóntide; y es la que en otro tiempo llamaban Misia; mas a ésta los más considerados, como Plinio, Estrabón, Mela, la llaman Eólide, como aquí diremos» (Str. 3, 2, 12) [...] «Del mismo Eolo, hijo de Héleno, nieto de Deucalión, dicen se llamaron los pueblos eoles, los cuales, dejando su patria, se fueron a Asia y poblando en Misia la Menor, la llamaron eólide de la patria que dejaron y primer autor suyo, porque de antes se llamaban pelasgos, según Heródoto» (Hdt. 7, 95, 1).

## Conclusión

Los griegos constituyen uno de los pilares de la erudición del maestro Jiménez Patón, quien utiliza generosamente citas de geógrafos, historiadores, filósofos y,

con menor frecuencia, de poetas y trágicos<sup>27</sup>. Con todo, no da muestras de recurrir a las fuentes griegas originales, sino que la mayor parte de sus citas, en lengua latina, proceden de los humanistas Celio Rodigino, Alejandro de Alejandro, Domenico Nanni, Desiderio Erasmo, Juan Pierio Valeriano y Ambrosio Calepino. Incluso, en ocasiones, parece mostrar desconocimiento de tal lengua, así, al explicar el término *prinon*, al ser incapaz de subsanar el error de Calepino a la voz *Ogdoo* —que igualmente podría reflejar su confianza en el prestigioso diccionario— y al obviar la cita griega de la *Cassandra* sofoclea, aportada por Rodigino, y transcribir en su lugar dos versos de Tibulo —que, asimismo, podría tratarse de un error achacable a precipitación. No faltan las explicaciones etimológicas, así las hallamos en *daphnem*, *Genium*, *Aethiops* y *Palinurus*. Utiliza, asimismo, unos versos nemotécnicos —procedimiento habitualmente usado por los docentes a partir de Nebrija— para explicar el género de «Ida» en *Raptus ab Ida* [3, 20, 16], aludiendo a la obra de un conocido gramático, profesor de la Universidad de Alcalá: «Así a este monte, como al que del mismo nombre está en Creta, le hacen femenino debiendo ser masculino, porque dijo Vergara:

“Nombres propios de varón,  
Ciudad, montes, islas, ríos,  
Poesías y navíos  
Como su general son.

En esta regla entrarán  
Los de ríos y de meses  
Aunque al fin algunas veces  
Su género aplicarán”».

Una vez más, se nos plantea: ¿había estudiado *De Graecae Linguae Gramatica libri V* de Francisco de Vergara<sup>28</sup>, catedrático de la Universidad de Alcalá, o su fuente era Francisco Sánchez de las Brozas, quien, en *De Gramatica partibus libellus*, al tratar del género de los nombres, se sirve de unos versos similares, coincidentes los tres primeros con los de Patón? Es cierto que el autor hace gala sobre todo de una cultura libresca, pero ésta, lejos de empequeñecerle, ofrece una magnífica prueba de la enseñanza de la época, orientada en este caso a la lectura y a la comprensión exhaustiva del texto horaciano. No en vano, en el libro decimoséptimo de sus *Comentarios*, aducirá una sentencia a la que es fiel, sin duda alguna: «El más evidente y eficaz modo de enseñar es puniendo ejemplos», traducción de la sentencia de Varrón, dirigiéndose a Papiriano: *Elucentissimum est edocendi genus exemplorum subditio*<sup>29</sup>.

27. Omitimos la alusión a los frecuentes comentarios mitológicos, ya que el autor, al no citar expresamente la fuente griega, habría podido utilizar fuentes latinas.

28. La obra fue publicada en Alcalá, 1537. Hemos utilizado la edición de *Coloniae Agrippinae*, 1588, donde se refiere al género en el libro 2, cap. 3-7, p. 72-77 sin utilizar verso alguno.

29. Ps. Varro, *Sent.* 46.